

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 60 - DICIEMBRE 1997

Director (E)

Jorge Mantilla Jarrín

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Fernando Checa Montúfar

Lucía Lemos

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Víctor Hugo Olalla,
Universidad Central del Ecuador.

Mario Jaramillo,

Ministro de Educación y Cultura

Abelardo Posso,

Min. Relaciones Exteriores.

León Roldós, Universidad de Guayaquil.

Carlos María Ocampos, OEA

Consuelo Feraud, UNESCO.

Carlos Ayala, FENAPE.

Héctor Espín, UNP.

Tulio Muñoz, AER.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Corrección de Estilo

Manuel Mesa

Magdalena Zambrano

Portada y contraportada

Miguel Betancourt

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Tel. 506 149 544-624.

Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de Chasqui. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a Chasqui

NOTA A LOS LECTORES

“A gréguele un poquito más de glóbulos rojos” fue la sugerencia, casi orden, de un director al cronista policial de su diario. Y es que en medios donde la información no es un bien social, sino una mercancía, el tratamiento morboso y espectacular de la violencia degenera en un “periodismo de las morgues que lucra del morbo mortuario”, pero que también incrementa lectores, *rating* y, consecuentemente, el ingreso por publicidad (los anunciantes no son inocentes en este negocio, fenómeno mediático que ha determinado que en algunos países, como Ecuador, los diarios y espacios televisivos sensacionalistas ocupen los primeros lugares en la preferencia del público). Este tipo de periodismo, a través de sus valores-noticia y su estilo, refuerza estereotipos machistas y racistas: es casi un delito ser mujer, joven u homosexual, mucho peor si, además, se es pobre, negro o indio.

Pero, ¿será que el público necesita de este periodismo para exorcizar, de alguna manera, su drama personal y familiar?, ¿será que el famoso “gusto del público”, argumento utilizado por algunos directores de medios, es aceptable para justificarlo? El “gusto del público” no es más que un artificio no válido, pues han sido los mismos medios los que han configurado ese gusto y, por eso mismo, se puede construir otro tipo de estética como ya lo han hecho algunos espacios y medios en nuestra región. En este sentido, el periodismo policiaco “debe -dice Rubem Fonseca- mostrar los diversos mecanismos a través de los cuales se muestra una sociedad que parece marchar hacia su desintegración. La corrupción administrativa, el tráfico de estupefacientes, la plutocracia, son los hilos que atrapan a la sociedad como en una tela de araña, y que hay que desenmascararlos”. Con **Crónica roja: espectáculo y negocio** esperamos fortalecer una práctica de periodismo judicial o de sucesos (lo de crónica roja es un convencionalismo discutible) que más que centrarse en los hechos (como espectáculo y negocio) se centre en los procesos que están detrás de la violencia y la corrupción, de una manera responsable y creativa.

Más que de divulgación o de popularización de la ciencia, algunos autores prefieren hablar de “alfabetización científica”, “entendimiento o conocimiento público de la ciencia” o “cultura científica”. En cualquier caso es evidente la importancia que la divulgación científica tiene actualmente, más aún si consideramos que ella tiene un atraso con respecto al avance científico y que hay un desfase entre la gente común y la comunidad científica. Ya Einstein destacó esa importancia: “... Si los conocimientos científicos se limitan a un pequeño grupo de hombres, se debilita la mentalidad filosófica de un pueblo, que camina así hacia su empobrecimiento espiritual”. Y aunque algunos científicos creen que no puede haber popularización de la ciencia sin menoscabo de lo sustancial, hay otros que no solo han creído que ello es posible, sino que lo han hecho de una manera brillante: el mismo Einstein, Adam Smith, Max Plank, Darwin, Julián Huxley... Con **Divulgación y divulgadores de la ciencia**, Chasqui retoma (ya lo hizo en su edición 55) este tema y, a propósito, rinde un homenaje a grandes divulgadores, lamentablemente ya fallecidos: Carl Sagan, además de divulgador, profundo crítico social; Isaac Asimov, creador de mundos y de una prolífica obra (cerca de 500 libros publicados); Jacques Cousteau explorador y “cineasta de TV” como a él le gustaba llamarse, y Aristides Bastidas, luz (aunque ciego los últimos años de su intensa vida) e impulsor del periodismo científico iberoamericano.


Fernando Checa Montúfar
Editor

CRONICA ROJA: ESPECTACULO Y NEGOCIO



En medios donde la información es una mercancía, y no un bien social, la crónica roja degenera en productos abyectos, lo cual, muchas veces, implica un incremento de las ventas y el rating ¿Por qué?

- 4 De la crónica roja al morbo mediático
José Sánchez-Parga
- 8 Violencia, discurso y género
Pilar Núñez, María F. Noboa
- 12 Crónica roja: ni blanco ni negro
Orlando Pérez
- 16 Jóvenes y medios: la construcción del enemigo
Rossana Reguillo
- 20 La sangre como espectáculo
Rubén Darío Buitrón

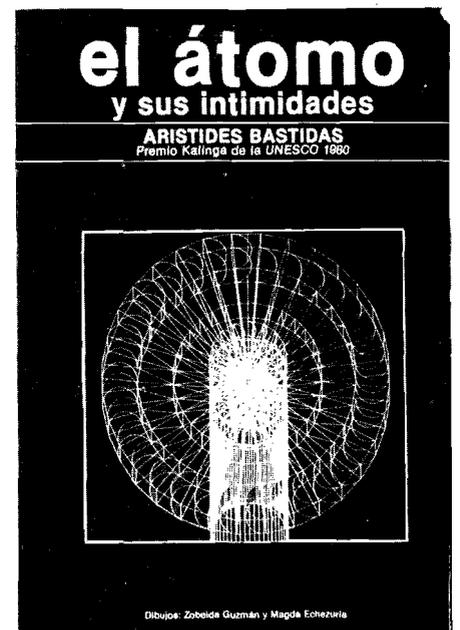


- 24 Colombia: encrucijada de violencia sin color
Jorge Cardona Alzate
- 29 México: una construcción de verdad en la crónica policial
Sarah Corona Berkin
- 33 Brasil: TV, ficción, realidad, verosimilitud
Elizabeth Rondelli
- 46 Isaac Asimov, creador de mundos
Alexis Schlachter
- 48 Cousteau regresa al mundo del silencio
Manuel Calvo H.
- 50 Arístides Bastidas: Pionero del Periodismo Científico en Venezuela
CPCV
- 53 Los científicos y los viajes espaciales
Peter Schenkel

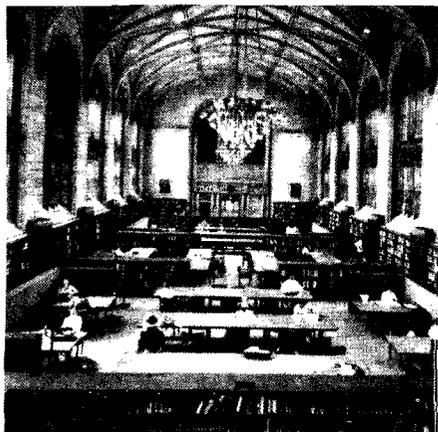
DIVULGADORES DE LA CIENCIA

Frente al desfase entre divulgación y avance científico es importante intensificar esfuerzos para que la primera crezca cualitativa y cuantitativamente. Muchos científicos se dedicaron a ella de manera brillante. Aquí, un homenaje a algunos de ellos.

- 38 Objetivos de la divulgación de la ciencia
Manuel Calvo H.
- 43 El rey de los divulgadores ha muerto
Peter Schenkel



APUNTES



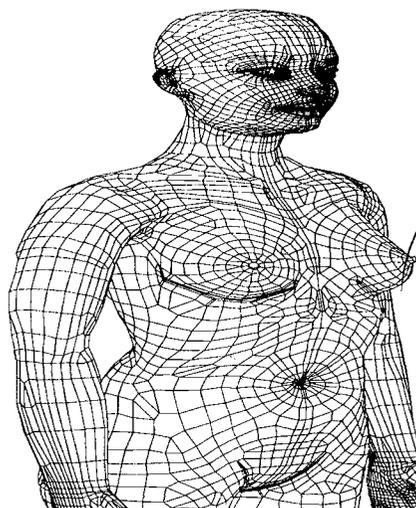
- 55 Educar y comunicar para la diferencia
Daniel Prieto C.
- 60 Murgas: El canto de barrio en barrio
Juan Eduardo Curuchet
- 64 Cuba: 75 años de radio
Ignacio Canel Bravo
- 68 Los libros no muerden. Una dieta
Christian Ferrer
- 73 Religiosidad catódica
Luis Ignacio Sierra G.

ENTREVISTA

- 76 Mattelart y la sociedad mediatizada
Martha Cecilia Ruiz
- 78 Román Gubern: la mirada alternativa en un "viaje de ida"
Stella Maris Poggian

NUEVAS TECNOLOGIAS

- 81 Telemática, mediación y sociedad
Artur Matuck



IDIOMA Y ESTILO

- 86 Una curiosa historia del "programa a cumplir"
Hernán Rodríguez Castelo
- 89 NOTICIAS
- 91 RESEÑAS

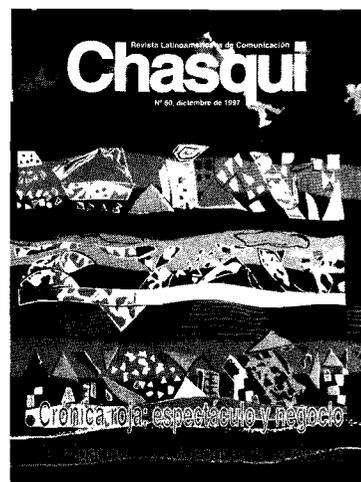


PORTADA Y CONTRAPORTADA

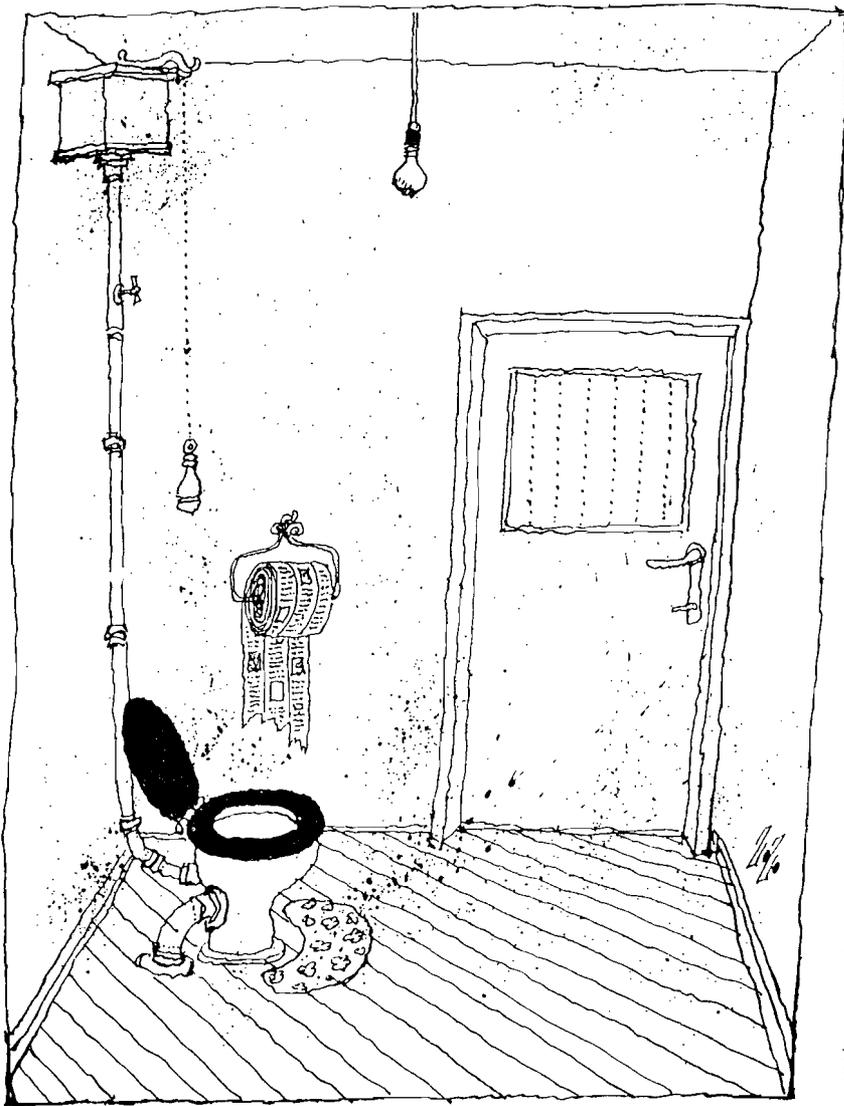
MIGUEL BETANCOURT

"Volando sobre un poncho".
Serigrafía 76 x 56 cm

"Ciudad que flota en la memoria"
Acuarela y carboncillo 105 x 75 cm.



De la crónica roja al morbo mediático



© 2020/CARTOONISTS & WRITERS SYNDICATE

De género periodístico marginal, la crónica roja ha pasado a "enrojecer" ciertos medios, ciertos espacios audiovisuales y a cierta clase de periodismo; ha pasado a ser un fenómeno mediático que, explotando la violencia y la crueldad, genera muy buenas ganancias, banaliza los actos violentos e insensibiliza al público, sostiene el autor.

En un mismo programa informativo del 21 de noviembre de 1997, la televisión transmitía las imágenes de los cuerpos torturados de mujeres de Timor; otra noticia presentaba la ejecución de dos guatemaltecos condenados a la pena de muerte por fusilamiento, ultimados con un tiro de gracia en la sien. Sin estas imágenes de horror y crueldad no nos hubiéramos sentido tan impresionados por lo que representa la pena de muerte en el único país latinoamericano donde se ejecuta a los condenados, y por lo que después de veinte años sigue sufriendo el pueblo de Timor oriental con la ocupación indonesia ante la indiferencia del resto del mundo.

Estas dos noticias con sus imágenes rebasan la categoría de crónica roja internacional. Nos encontramos ante un nuevo género de violencia mediática, que nada tiene que ver con la morbosidad con la que se relata, se fotografía o se filma un suceso criminal o un hecho de sangre. La crueldad y el horror no son nuevos en el mundo, la novedad es la instantaneidad y creciente frecuencia, los nuevos recursos y técnicas informativos con los que se captan, exponen y difunden.

Escenas tan sanguinarias tienen, sin duda, el efecto de llamar la atención, de alarmar las conciencias y de invitar a una ulterior y mayor información. Pero el problema es que esto último no suele ocurrir, ya que ni los medios de comunicación, ni menos aún los telespectadores y lectores, emprenderán un seguimiento informativo de tales noticias.

JOSE SANCHEZ-PARGA, español-ecuatoriano. Doctor en Filosofía, profesor y director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
E-mail: jsanchezp@puce.vio.edu.ec

Adicción peligrosa

Otras muy diferentes suelen ser las consecuencias, pues a medida que los medios nos van acostumbrando a las masacres africanas, a escenas de torturas más o menos regulares u ocasionales por todos los rincones del mundo, poco a poco nos vamos volviendo insensibles, y cada vez necesitamos mayores horrores, imágenes más sanguinarias y salvajes para impresionarnos.

Tal espiral de atrocidades muestra que la violencia y el terror son una droga y generan un tipo muy singular de adicción. Los individuos y sociedades pueden volverse tan adictos a la violencia y al horror como a cualquier otro narcótico. Y en los medios, concretamente en la televisión, la adicción a las escenas sanguinarias y de atrocidad puede ser tan fuerte y excitante o, lo que es peor, tan sedante como la adicción a la pornografía. Pero con una diferencia: mientras que el voyeurismo pornográfico puede mantenerse en la pasividad, el de la violencia sería más proclive a los "pasajes al acto". Se trata de alucinaciones que se consuman.

Los filmes de terror, las "películas de miedo", eran antes un género raro desde la época clásica del cine, y por ello extremadamente artístico. En las últimas décadas, los filmes de horror no solo han invadido e inundado la grande y pequeña pantalla, sino que se han hecho cada vez más atroces y brutales, y donde el sadismo se vuelve espeluznante. Aunque no espeluznante para la generación que nació con estas películas, y que para seguir interesándose en este género necesita dosis más grandes de sangre, de crueldad y de perversión.

Si el horror y las ferocidades lejos de saturar la sensibilidad y excitabilidad, estas requieren sobredosis en progresión, resulta indiscutible que el consumo de tanta violencia predispone a la violencia y termina reproduciéndola y generándola. No poseen el mismo efecto mediático una transmisión en vivo y en directo de una masacre, una tortura o un ajusticiamiento, las imágenes o reportajes de un suceso de crónica roja cuya crueldad y víctimas pudieran ser más o menos ocasionales, y lo que se llaman géneros de horror y terror televisivos o cinematográficos. La diferencia no tiene solo que ver con el carácter real, fortuito o ficticio, si-

no también con el grado de intencionalidad con que se cometen tales actos de crueldad.

Sin embargo, a la larga, el mismo efecto mediático puede ir reduciendo las diferencias y homogeneizando tanto los imaginarios de la violencia, que el consumo no llegue a distinguir entre lo real, lo virtual y lo imaginario; entre la muerte y dolor fortuitos o gratuitos, intencionales u organizados.

Aparezco, luego existo

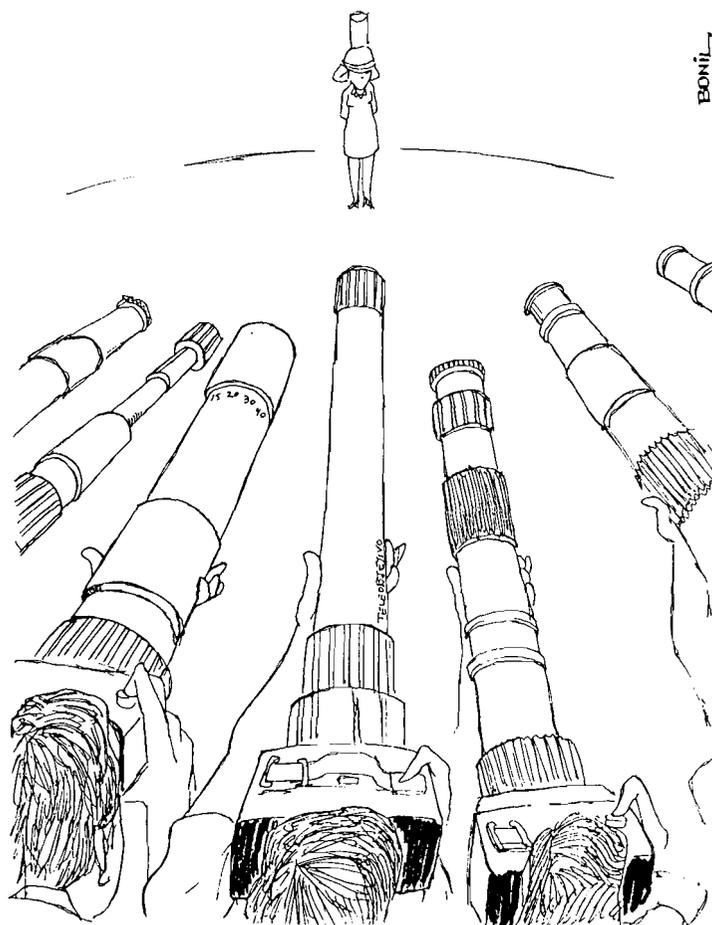
El negocio y el éxito mediáticos de la violencia, la crueldad y el horror, no solo han exacerbado su consumo y contribuido a su imitación. Hoy cada vez con más frecuencia, aunque no siempre se sepa y aparezca, los crímenes y atrocidades se cometen para ser mediatizados. La tiranía mediática impone su ley implacable en el orden de las atrocidades: si solo existe en realidad lo que existe en los medios, y si para los medios solo es mediática la imagen o la escena excesiva o extrema, la más fuerte o feroz, la más sangrienta y terrorífica, la gente recurrirá a las truculencias más insólitas, más perversas o depravadas para salir en los medios. *Videor ergo sum*, "aparezco, luego existo". Aunque sea cubierto de sangre, propia o ajena.

Hoy, un paro laboral y una huelga de hambre pueden seguir mereciendo una noticia, una viñeta de segunda página o un breve segmento tele-

visivo, pero ya no una foto de primera página; también los encadenamientos en señal de protesta se han banalizado, y hasta los motines carcelarios se rutinizan al menos en el continente latinoamericano. Para ser noticia de una protesta y aparecer en la foto de primera página o en el noticiero de TV, hay que crucificarse, coserse la boca, secuestrar a algunos rehenes o linchar a un delincuente.

Los terroristas son los primeros en explotar los efectos mediáticos de la violencia. Un coche bomba en una ciudad colombiana, una masacre de turistas ametrallados en Egipto a la salida de un museo o en la explanada de Luxor, el exterminio de un grupo étnico en Africa con su saldo de cadáveres hacinados adquieren un efectismo publicitario, gracias, a los modernos medios de comunicación social.

El círculo vicioso que se establece entre la necesidad de mayores dosis de violencia y crueldad, para poseer una calidad mediática, provoca una espiral de complicidades entre los medios y la reali-



¿Un paredón mediático?

dad. Es la parábola ilustrada por la película de Sidney Lumet, *Network*, en la que el protagonista antes de ser despedido por la empresa televisiva en la que trabaja se suicida en vivo y en directo delante de las cámaras de TV.

De género marginal a fenómeno mediático

La crónica roja es tan antigua como el periodismo moderno, pero siempre fue un género marginal en los medios de comunicación social o, bien, relegada a una determinada sección en los periódicos o monopolio exclusivo de un periodismo especializado. La sangre y el sexo asociados solo fueron un reclamo mediático, para determinados sectores y consumidores, o una suerte de licencia y mal gusto tolerados.

La innovación mediática consiste en que la crónica roja ha enrojecido todo tipo de medios y de periodismo, se puede encontrar en cualquier página de un diario y en cualquier programa o segmento de televisión. Pero, además, la crónica roja se ha dignificado periodísticamente. El morbo es tratado con cierto estilo, su reportaje ha adquirido calidad literaria; pero, sobre todo, se ha ennoblecido por una suerte de promoción social. Ya no interesa tanto el crimen pasional del suburbio o el incesto dentro de una familia campesina rural o las sevicias cometidas por una venganza asesina en un medio marginal. Hoy, la crónica roja mejor vendida, la que estimula y se saborea, es aquella que posee clase, la que convierte en víctimas y verdugos a "gente común", y de preferencia a la "clase dirigente"; y sobre todo cuando se trata del *jet set*.

El efecto mediático de estas nuevas imágenes de la crónica roja es tan ambivalente como equívoco. Por un lado, aproximada de tal manera el delito de sangre, la perversión y la violencia, las víctimas y culpables, al mismo medio y clase del lector "corriente", que lo conmueve y lo espanta con la novedad del mensaje: esto puede ocurrirnos a cualquiera.

Por otra parte, cuando la crónica roja involucra a personalidades públicas, a miembros de la "clase dirigente" o representantes del *jet set*, cuando ellos mismos son las víctimas y culpables, el mensaje consumido no es menos emocionante: también ellos son sacrificados por las mismas pasiones o los mismos

accidentes; el crimen, la violencia y el terror nos hacen a todos iguales.

La crónica roja ha dejado de ser cronología para transformarse en mediática; de quedar recluida a determinados medios especializados, a determinados estilos periodísticos, a determinadas páginas y segmentos de diarios y programas televisivos; ha dejado, en definitiva, de ser un género para mediatizarse en todo tipo de medios de comunicación social y de géneros periodísticos. De ahí uno de los paroxismos periodísticos: cuando la política o un hombre político se tiñen de sangre, cuando se encuentran involucrados en un crimen o actividades criminales; es cuando la crónica roja se ubica en el nivel del escándalo.

Una foto o noticia cruentos o sanguiñarios se encuentran ya en primeras páginas de periódicos o noticieros televisados, y son desarrollados con amplia información en páginas y segmentos secundarios. Ya no basta la noticia criminal, el periodismo y el lector necesitan ensangrentarla con detalles narrativos o descriptivos y primeros planos fotográficos. Hoy la víctima, su cuerpo o su cadáver, sustituyen más que completan la noticia. Y la TV consigue a veces lo que no logra la prensa escrita: la imagen en vivo y en directo, o la declaración dolorida de las víctimas en los hospitales. Así, se produce ese nuevo espectáculo de truculencia y morbosidad, de sufrir y morir en primera página o ante las cámaras de TV.

No se debería, quizás, reprochar a los medios la obscena y obsesiva escenificación de las nuevas violencias y crueldades por una aparente y simple razón: los *mass-media* no hacen otra cosa que reflejar, transmitir y difundir las nuevas explosiones de violencia y crueldad que operan en todo el mundo.

Un fenómeno masificado e intensificado

Tras esta situación hay dos fenómenos también inéditos en el mundo moderno: el Estado se ha vuelto incapaz de monopolizar legítimamente las violencias sociales, y estas se han extendido y, sobre todo, se han internalizado hasta dentro del baluarte de la familia. Antes las violencias y hechos de sangre se encontraban más localizados socialmente en determinados grupos y sectores, en las

Umberto Eco

De pronto se alzaron clamores por el lado de la puerta septentrional. Me pregunté cómo podía ser que los sirvientes, que debían estar preparándose para iniciar sus tareas, perturbasen de aquel modo el oficio sagrado. En ese momento entraron tres porquerizos y, con el terror en el rostro, se acercaron al Abad para susurrarle algo. Al comienzo este hizo ademán de calmarlos, como si no desease interrumpir el oficio, pero entraron otros sirvientes y los gritos se hicieron más fuertes: "¡Es un hombre, un hombre muerto!", dijo alguien, y otros: "Un monje, ¿no has visto los zapatos?"

Los que estaban orando callaron. El Abad salió a toda prisa, haciéndole una señal al cillerero para que lo siguiese. Guillermo fue tras ellos, pero ya los otros monjes abandonaban sus asientos y se precipitaban fuera de la iglesia.

El cielo estaba claro y la capa de nieve sobre el suelo realzaba la luminosidad de la meseta. Detrás del coro, frente a los chiqueros, donde desde el día anterior se destacaba la presencia del gran recipiente para la sangre de los cerdos, un extraño objeto casi cruciforme asomaba del borde de la tinaja, como dos palos clavados en el suelo, que, cubiertos con trapos, sirviesen para espantar a los pájaros.

Pero eran dos piernas humanas, las piernas de un hombre clavado de cabeza en la vasija llena de sangre.

El nombre de la rosa, Editorial Lumen, 1987.



Timothy Ross, Inglaterra

El consumo mediático de tanta violencia, ¿predispone a ella, la reproduce y la genera?

llamadas "clases peligrosas", restringidos a determinados lugares y más ritualizados temporalmente en determinadas situaciones. Hoy, cualquier forma de violencia y crueldad se encuentra dispersa, difusa y emerge con modalidades muy diversas en cualquier momento y cualquier sitio.

Muchos crímenes o sucesos sangrientos que antes quedaban tan impunes como ignorados, hoy tanto la policía como la prensa les confieren una publicidad tan nueva como conmovedora. La desaparición, violación y asesinato de unas adolescentes conmocionó durante meses la opinión belga y europea, así como la muerte de un niño a manos de sus compañeros de colegio en Inglaterra.

Otro factor de masificación de la violencia, de las crónicas rojas, sería atribuible a la globalización y desarrollos tecnológicos de los medios. Hoy, cualquier masacre o etnocidio, cualquier episodio sanginario o crimen espectacular que ocurra en cualquier parte, son difundidos en todo el mundo el mismo día y con imágenes. Por un efecto mediático la crónica roja se masifica e intensifica.

Que estos hechos hayan convertido en terroríficos los medios de comunica-

ción no disculpan el carácter violentógeno adquirido por estos. La transmisión y difusión de noticias e imágenes sangrientas, de delitos crueles, de una crónica roja que abarca desde los sucesos hasta las matanzas en masa o las acciones terroristas, hace que los medios tengan un efecto hipodérmico en la opinión pública, en representaciones, sensibilidades y valoraciones de las sociedades modernas.

Al mismo tiempo que la violencia se banaliza y cotidianiza, se hace doméstica y familiar e insensibiliza a sus consumidores; los medios de comunicación provocan mimetismos colectivos más o menos inconscientes y suscitan reacciones y comportamientos, que si antes eran inadmisibles y repudiados, hoy parecen poseer una legitimación mediática.

A ello hay que añadir una más grave complicidad de los medios con los hechos violentos, crueles y sanginarios: con no poca frecuencia cabe interpretar que tales actuaciones son ejecutadas de cara a los medios, para que sus efectos sean mediáticamente difundidos. No fue fortuito que la prensa peruana se pusiera de acuerdo, en momentos en que la violencia terrorista desgarraba y desangraba el país, para no reseñar las acciones

terroristas restándoles al menos la eficacia de su publicidad. Por el contrario, y desgraciadamente, tampoco es mera casualidad que ciertos medios, prensa y TV, se nieguen a no presentar programas violentos, incluso en espacios y horarios infantiles, ya que al consumo de tales programas está asociado el éxito de las cuñas publicitarias.

El espectáculo de la violencia y de la misma crueldad, la contemplación de actos o celebraciones sanguinarios, como en algunas sociedades, fueron determinados ritos y en otras épocas las ejecuciones públicas, siempre tuvieron un efecto tan ejemplar como catártico: servían para exorcizar o conjurar la misma violencia presenciada. Pero al volverse mediáticas, la violencia y la crueldad dejan de ser catárticos para convertirse en consumo.

Es precisamente este consumo de sangre, dolor y miedo lo que a la larga, más que las sensibilidades, insensibiliza las conciencias. Y aquí interviene un factor adicional de inmoralidad, ya que en la tupida jungla mediática de la violencia moderna ya no se sabe o, lo que es peor, ya poco importa, quiénes son los buenos y quiénes los malos. ●